

## BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJIA SANCHEZ

MARTÍ el apóstol, Martí místico del deber, Martí o la tragedia como destino glorioso, Martí mártir, Martí ciudadano de América; Martí niño, Martí poeta, Martí escritor, Martí crítico literario, Martí escritor americano. La letanía podría seguirse casi infinitamente con sólo recitar los títulos de libros y ensayos, aun los menos fervientes, de su numerosa bibliografía. El hombre y la obra siguen apasionando a la América nuestra, y no poco a la otra. Cualquier aspecto que en ellos se busque culmina en función y pasión americanas. El artista, el poeta se realiza con plenitud como escritor americano. El hombre, el héroe, como ciudadano de América. Esta vez los títulos de las obras tienen razón; la materia es tan poderosa y sustantiva que colma el vaso más ambicioso.

Y también esta vez la cantidad y calidad de la bibliografía están en proporción directa de la abundancia y altura del material humano y artístico. Sarmiento y Darío son los americanos que mayor volumen bibliográfico han suscitado, según la estimación de Manuel Pedro González (*Estudios sobre literaturas hispanoamericanas. Glosas y semblanzas*. México, Cuadernos Americanos, 1951, p. 337), compilador de las mejores *Fuentes para el estudio de José Martí*, que hoy poseemos (La Habana, Dirección de Cultura, 1950, viii-517 pp.) Esto se explica en el caso de Sarmiento por su enorme caudal de pensamiento y acción políticos, y en el de Darío, por el tesoro lírico inagotable. Si entre ellos, Martí representa el áureo justo medio, es natural que sus apasionados sean legión. Más artista que Sarmiento, pero menos especulativo que él; menos poeta, pero, políticamente, más responsable que Rubén Darío.

He aquí un espectáculo de equilibrio del genio americano, no muy frecuente. El literato más civil; el ciudadano más poeta. Equilibrio que procede de un entrañable ajuste interior, entre el hombre y la obra, entre el artista y el hombre. Armonía de quien intuye que "todo es música y razón". (Modernamente, este aforismo autobiográfico sólo es comparable al del "álgebra y fuego" que Borges lleva dentro.) Poesía y prosa, oratoria y epistolario íntimo, periodismo, polémica y manifiesto político, todo lleva ese estremecimiento de garra generosa, de recia rosa que nunca llega a ser cactus. Él lo dijo en versos, no por memorizados menos imprescindibles:

Cultivo una rosa blanca,  
en junio como en enero,  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca  
el corazón con que vivo,  
cardo ni oruga cultivo:  
cultivo la rosa blanca.

Esto no es indiscriminación, sino madurez, elevación moral. Para Martí, más que la política y la poesía, la moral es la almendra. La burbuja del nivel. Lo privado y lo público, lo material y lo espiritual, la civitas y el yo no son medidos por lo bello o lo práctico, sino por un instinto del deber, por una clarividencia del derecho y la justicia. Martí, muy generosamente, llama a este "poder definitivo: la inteligencia humana". Véase una página que suelen olvidar sus devotos comentaristas y que pinta de cuerpo entero su pensamiento vivo; quizá haya pasado inadvertida porque no es usual escribir al frente de una obra



Martí.—"la letanía podía seguirse"

literaria ajena una declaración de ética personal tan rotunda:

"Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen. Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan a las rodillas de los hombres inteligentes, como Hércules montuoso a las rodillas mórbidas de Omphala. La inteligencia da bondad, justicia y hermosura; como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal hace espada, de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía. En el problema moderno, el triunfo rudo de los hombres que tienen de su lado la mayor parte de la justicia, sería poco la reacción prolongada de los hombres inteligentes que todavía tienen buena parte de la justicia de su lado. Al resplandor del derecho, el abuso cesa, como ruin galancete ante el enojo de una dama pura. Mas si el derecho se echa encima manto de ira, los mismos que el derecho reconocen, se alzarán contra

él tristemente, como padre que ata a su hijo loco.

"Quien intenta triunfar, no inspire miedo: que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado. Y quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si, ya en él, se le van las riendas de la mano, o de no saber qué hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros. ¡Oh! sépase y dígase: una masa menor de hombres inteligentes que se resisten a reconocer una mejora justa, no podrá contrastar a una masa mayor de hombres inteligentes que traen la forma incruenta de la reforma necesaria: —una masa menor de hombres laxos por el goce, no podrá resistir, a una masa mayor de hombres enérgicos, templados en la privación y en la amargura. La victoria no está sólo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla; no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente." (Prólogo a los *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino. Nueva York, Ponce de León, editor, 1883; *Obras completas*. La Habana, Editorial Lex, 1946, I, p. 743.)

De la reflexión que quiere ser objetiva, pasa Martí a la admonición; de ahí salta a la profesía, y de ésta, otra vez, a la reflexión. Movimiento espiritual tan circular y seguro sólo puede estar apoyado en un mundo moral de ferviente optimismo en el hombre. No es que vaya del pensamiento a la acción, sino que el pensamiento debe ser, es ya acción. Y la acción no ha dejado de ser pensamiento. El hombre inteligente, es decir el bueno, es decir Martí, ve en el hombre una proyección de sí mismo, una realización de su pensamiento. Así puede decir: "La especie humana ama el sacrificio glorioso", hipótesis que la experiencia sólo confirma como excepción. De esto no parecen darse cuenta muchos comentaristas.

Volvamos, pues, a las obras, lo que en Martí significa volver al pensamiento vivo de acción y a la ejemplaridad de la palabra. Lástima grande que la actividad editorial se dedique especialmente a imprimir y reimprimir biografías noveladas e interpretaciones líricas, exceptuadas, claro está, las obras de Lizaso, Iduarte, Mañach, Portuondo, siempre necesarias, en lugar de editar en forma decorosa las *Obras completas* del maestro. La edición de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, 15 volúmenes (1900-1919), ya es una joya bibliográfica, igualmente los 8 recopilados por Néstor Carbonell (1918-1920). Las editadas por Alberto Ghirardo, también en 8 volúmenes (1925-1929) y las de la Editorial Lex, de La Habana, en 2 (1946 y 1953), son famosas por su descuido. La única edición recomendable es la dirigida por Gonzalo de Quesada y Miranda, 74 volúmenes (La Habana, Editorial Trópico, 1936-1958), pero casi imposible de hallar completa, y en caso de encontrarse así, inaccesible por su precio. En México no la hay en bibliotecas públicas ni privadas. Se justifica, pues, todo intento de editar a Martí, aunque sea en forma parcial.